TRAZAR UN MAPA



Por Rodrigo Fresán

De todas las raras costumbres del hombre, una de las más fascinantes es la de mirar un mapa de la Tierra. ¿Qué miramos cuando miramos un mapa? Para empezar, una abstracción a escala de algo real y que –a no ser que seamos millonarios dispuestos a pagarles millones de dólares a los rusos– difícilmente veremos durante nuestras vidas y que no tenemos certeza alguna de que contemplaremos después de muertos, porque siempre está la posibilidad de que nos toque el Infierno, o que el Paraíso tenga vista al Purgatorio.

En la escuela, creo, nos obligan a calcar mapas de la realidad una y otra vez para que así, piensan, no nos extraviemos en los mapas de nuestra imaginación. Miramos muchos mapas durante nuestra infancia –buscando dónde queda exactamente la Malasia de Sandokán o la Patagonia de Verne– pero, con los años, vamos perdiendo la costumbre de abrir y de entrar en los Atlas y de preguntarnos por qué le habrán puesto ese color a ese país, ¿uh? Ahora son los mapas los que nos patean la puerta y vienen a abrirnos los ojos a nosotros, tan ocupados en mirarnos el ombligo.

En 1997, el impredecible Thomas Pynchon (Nueva York, 1937) publicó un bizarro novelón histórico titulado *Mason y Dixon* donde –en un inglés híbrido en el que se funden giros del siglo XVIII con cierta sensibilidad posmo– se nos cuenta la tan verdadera como demencial historia de los inspectores cartográficos británicos Charles Mason y Jeremiah Dixon, enviados al Nuevo Mundo para solucionar el conflicto limítrofe entre Maryland y Pennsylvania. Lo consiguen, piensan, trazando un "Visto" en mapa y tierra. Una cicatriz artificial de 240 millas de longitud que dirime el asunto y, en realidad, acaba simbolizando nuevos y más trascendentes problemas: la división de los Estados Unidos entre un Norte y un Sur que acabaría generando la Guerra Civil, a la vez que marca la zanja que habrá que saltar para poder ir de la Edad de la Iluminación a la Edad de la Razón y, por supuesto, volverse modernamente locos.

Parodia digna de los Hermanos Marx a la vez que sentido homenaje a todas las grandes crónicas de pequeños exploradores, *Mason y Dixon* acaba recordándonos lo de más arriba, lo de los mapas, lo raro y contradictorios que son: rigurosamente verdaderos y, al mismo tiempo, absolutamente falsos; porque, desde muy lejos, desde muy arriba, no hay líneas ni colores que separen a los países y a los hombres.

Tal vez por eso mirar un mapa desde afuera es mirarlo todo y, también, mirarse a uno ahí adentro. Y uno es siempre diferente, único, cambiante, siempre virgen y desconocido. No hay mapa de uno. Hay mapas para todo menos, por suerte, para mirarse mirando un mapa.

Mason y Dixon

Zarpamos hacia las Indias, y sabe Dios de qué dispondremos a bordo o en aquellas tierras. Tal vez sea nuestra última oportunidad de tomar una bebida civilizada.
–En ese caso, cuanto antes empecemos, tanto mejor.

Por Thomas Pynchon

Yo no estaba presente cuando se conocieron, o por lo menos no lo estaba de la manera en que habitualmente se entiende por eso. Más adelante me contaron los dos cómo recordaban su encuentro. En lo que, según mis proyectos, se convertiría en una especie de *Diario espiritual*, intenté dejar constancia de lo que recordaba haberles oído decir, aunque con demasiada frecuencia la fatiga de la jornada abreviaba las anotaciones.

("¡Y también escribía dormido!", exclaman los gemelos.)

¡Ah, niños! En aquellos días incluso soñaba, pero sólo mucho después de que se acabara el día.

Sea como fuere, apenas se han conocido, en la taberna de la posada en la que se aloja Mason en Portsmouth, cuando Mason se revela como un viejo zorro londinense, en contraste con la clara estupefacción que muestra Dixon ante la ciudad:

–Pues sí, un tipo me escupió en los zapatos..., otro empujaba a los transeúntes al arroyo, y algunos dan la sensación de que sólo mirarlos ya es peligroso... ¿Cómo puede vivir tanta gente tan apretada, un día tras otro, sin que todos se vuelvan asesinos?

–Bueno, si uno lo desea, puede sentirse insultado a cada paso, recibir desde miradas insolentes hasta un ataque mortal, una ininterrumpida orgía de insultos. Sin embargo, ¿cómo va uno a llamar a cada ofensor por turno, o a elegir entre ellos, y obedeciendo a qué criterio? Así pues, no tardas en comprender, como una condición más del contrato establecido entre la ciudad y tú, que eso cumple una función de mera densidad y te asegura que jamás tendrás tiempo suficiente para reconocer (y no digamos para sentirte agraviado por ella) semejante loca variedad de ofensas.

–Perfecto... En fin, allá en Bishop uno tardaba la mitad de la noche en dar con una excusa para abofetear a alguien, mientras que en Londres, ¡bueno!, a fe mía que esto es el paraíso de los pendencieros.

–Entonces seguro que le gustará ver la Calle Mayor de las Palizas... ¡y Tyburn, por supuesto! Añada esto a su lista.

–¿Es un lugar atractivo?

Mason le cuenta, aunque sin explicarle el motivo preciso, que durante el último año, tal vez algo más, ha asistido con regularidad a las ejecuciones en la horca que tienen lugar los viernes en ese melancólico lugar, donde no tardaba en trabar conversación con los verdugos y sus aprendices mientras les invitaba a unas jarras en el local que éstos frecuentaban, La Jarra de Bridport, de tal manera que había alcanzado cierta horripilante familiaridad con ese arte. Mason se ha visto empujado y transportado en medio de los grupos de marineros alborotados que intentaban arrancar a las cuadrillas de estudiantes de medicina los cadáveres de compañeros de tripulación que habían sufrido un percance en tierra, demasiado alejados de la seguridad del mar, y agentes tanto públicos como privados han asaltado su bolsa y su persona. Y, sin embargo, le dice a Dixon:

–No hay nada igual, es Londres en su estado más puro. Debe ir allí conmigo cuanto antes.

Tomándolo por la broma que sin duda debe ser, Dixon se ríe.

–¡Ja, ja, ja! Vaya, ésa sí que es buena. Muy bien, hombre.

Mason se encoge de hombros y levanta las palmas de las manos.

–Lo digo en serio. Peor aún, lo digo completamente sobrio. La primera vez que uno visita la ciudad no puede perderse un ahorcamiento. Vamos, señor, ¿qué es lo primero que le preguntarán cuando regrese al condado de Durham? ¿Eh? "¿Los viste tieeesos, colgaos de la soooga en Taaburn?"

¿Se debe acaso a que ha pasado demasiadas noches solo en lo alto de aquella célebre colina de Greenwich? ¿Es posible que este hombre, que habita en una de las grandes ciudades de la Cristiandad, no sepa comportarse cuando está en compañía? Dixon decide exteriorizar tan sólo irritación.

–Nooo, qué va, lo primero que me preguntarán es: "¿Tú t'enteras de lo que dicen esos d'allá abajo cuando le dan a la lengua?".

–Hombre, por Dios, no pretendía... –se excusa Mason.

Así, pues, Dixon, por segunda vez en diez minutos, se echa a reír sin el acicate de júbilo sincero, y esta vez es una risa sesgada y condescendiente que significa: "A ver cómo lo arregla, señor Mason", la risa de un hombre contratado para hacer que otro parezca mejor por contraste. Pero Dixon siente que tiene el deber de restablecer la cordialidad entre ellos, y empieza a contar:

–Bueno, pues resulta que un jesuita, un corso y un chino se dirigen a Bath y viajan en un gran carruaje. El cuarto pasajero es una dama inglesa muy decorosa, que no para de dirigirles miradas escandalizadas. Finalmente, incapaz de seguir aguantándolo, el corso, que es el más impetuoso de los tres, exclama, y ahora espero que me excuse mi acento corso: "¡Eh, señora! ¿Qu'está mirando?". Y ella le dice...

Mason se ha alejado unos pasos.

–¿Se ha vuelto loco? –le susurra–. La gente nos mira. Estamos llamando la atención de los marineros.

–¡Vaya! –Dixon arruga su enrojecida nariz–. Entonces ya los conoce. Disculpe. –Intenta tomar el brazo de Mason, pero éste se aparta como si retrocediera ante el peligro y de una manera tan involuntaria como un estornudo. Dixon, sudoroso, desiste de la idea–. En fin, tardé semanas de estudio en entender ese chiste, pero veo que tiene usted un ágil cerebro dentro de la calamocha, y me satisface trabajar con semejante eminencia... –Sonríe resueltamente, y ha pronunciado el "usted" como si fuese una palabra tomada



Mason y Dixon

Zarpamos hacia las Indias, y sabe Dios de qué dispondremos a bordo o en aquellas tierras. Tal vez sea nuestra última oportunidad de tomar una bebida civilizada.
–En ese caso, cuanto antes empecemos, tanto mejor.



Por Thomas Pynchon

Yo no estaba presente cuando se conocieron, o por lo menos no lo estaba de la manera en que habitualmente se entiende por eso. Más adelante me contaron los dos cómo recordaban su encuentro. En lo que, según mis proyectos, se convertiría en una especie de *Diario espiritual*, intenté dejar constancia de lo que recordaba haberles oído decir, aunque con demasiada frecuencia la fatiga de la jornada abreviaba las anotaciones.

("¡Y también escribía dormido!", exclaman los gemelos.)

¡Ah, niños! En aquellos días incluso soñaba, pero sólo mucho después de que se acabara el día.

Sea como fuere, apenas se han conocido, en la taberna de la posada en la que se aloja Mason en Portsmouth, cuando Mason se revela como un viejo zorro londinense, en contraste con la clara estupefacción que muestra Dixon ante la ciudad:

–Pues sí, un tipo me escupió en los zapatos..., otro empujaba a los transeúntes al arroyo, y algunos dan la sensación de que sólo mirarlos ya es peligroso... ¿Cómo puede vivir tanta gente tan apretada, un día tras otro, sin que todos se vuelvan asesinos?

–Bueno, si uno lo desea, puede sentirse insultado a cada paso, recibir desde miradas insolentes hasta un ataque mortal, una ininterrumpida orgía de insultos. Sin embargo, ¿cómo va uno a llamar a cada ofensor por turno, o a elegir entre ellos, y obedeciendo a qué criterio? Así pues, no tardas en comprender, como una condición más del contrato establecido entre la ciudad y tú, que eso cumple una función de mera densidad y te asegura que jamás tendrás tiempo suficiente para reconocer (y no digamos para sentirte agraviado por ella) semejante loca variedad de ofensas.

–Perfecto... En fin, allá en Bishop uno tardaba la mitad de la noche en dar con una excusa para abofetear a alguien, mientras que en Londres, ¡bueno!, a fe mía que esto es el paraíso de los pendencieros.

–Entonces seguro que le gustará ver la Calle Mayor de las Palizas... ¡y Tyburn, por supuesto! Añada esto a su lista.

–¿Es un lugar atractivo?

Mason le cuenta, aunque sin explicarle el motivo preciso, que durante el último año, tal vez algo más, ha asistido con regularidad a las ejecuciones en la horca que tienen lugar los viernes en ese melancólico lugar, donde no tardaba en trabar conversación con los verdugos y sus aprendices mientras les invitaba a unas jarras en el local que éstos frecuentaban, La Jarra de Bridport, de tal manera que había alcanzado cierta horripilante familiaridad con ese arte. Mason se ha visto empujado y transportado en medio de los grupos de marineros alborotados que intentaban arrancar a las cuadrillas de estudiantes de medicina los cadáveres de compañeros de tripulación que habían sufrido un percance en tierra, demasiado alejados de la seguridad del mar, y agentes tanto públicos como privados han asaltado su bolsa y su persona. Y, sin embargo, le dice a Dixon:

–No hay nada igual, es Londres en su estado más puro. Debe ir allí conmigo cuanto antes.

Tomándolo por la broma que sin duda debe ser, Dixon se ríe.

–¡Ja, ja, ja! Vaya, ésa sí que es buena. Muy bien, hombre.

Mason se encoge de hombros y levanta las palmas de las manos.

–Lo digo en serio. Peor aún, lo digo completamente sobrio. La primera vez que uno visita la ciudad no puede perderse un ahorcamiento. Vamos, señor, ¿qué es lo primero que le preguntarán cuando regrese al condado de Durham? ¿Eh? "¿Los viste tieeesos, colgaos de la soooga en Taaburn?"

¿Se debe acaso a que ha pasado demasiadas noches solo en lo alto de aquella célebre colina de Greenwich? ¿Es posible que este hombre, que habita en una de las grandes ciudades de la Cristiandad, no sepa comportarse cuando está en compañía? Dixon decide exteriorizar tan sólo irritación.

–Nooo, qué va, lo primero que me preguntarán es: "¿Tú t'enteras de lo que dicen esos d'allá abajo cuando le dan a la lengua?".

–Hombre, por Dios, no pretendía... –se excusa Mason.

Así, pues, Dixon, por segunda vez en diez minutos, se echa a reír sin el acicate de júbilo sincero, y esta vez es una risa sesgada y condescendiente que significa: "A ver cómo lo arregla, señor Mason", la risa de un hombre contratado para hacer que otro parezca mejor por contraste. Pero Dixon siente que tiene el deber de restablecer la cordialidad entre ellos, y empieza a contar:

–Bueno, pues resulta que un jesuita, un corso y un chino se dirigen a Bath y viajan en un gran carruaje. El cuarto pasajero es una dama inglesa muy decorosa, que no para de dirigirles miradas escandalizadas. Finalmente, incapaz de seguir aguantándolo, el corso, que es el más impetuoso de los tres, exclama, y ahora espero que me excuse mi acento corso: "¡Eh, señora! ¿Qu'está mirando?". Y ella le dice...

Mason se ha alejado unos pasos.

–¿Se ha vuelto loco? –le susurra–. La gente nos mira. Estamos llamando la atención de los marineros.

–¡Vaya! –Dixon arruga su enrojecida nariz–. Entonces ya los conoce. Disculpe. –Intenta tomar el brazo de Mason, pero éste se aparta como si retrocediera ante el peligro y de una manera tan involuntaria como un estornudo. Dixon, sudoroso, desiste de la idea–. En fin, tardé semanas de estudio en entender ese chiste, pero veo que tiene usted un ágil cerebro dentro de la calamocha, y me satisface trabajar con semejante eminencia... –Sonríe resueltamente, y ha pronunciado el "usted" como si fuese una palabra tomada en préstamo de otra lengua.

Los dos se sientan y se miran, cada uno con una impresión muy errada del otro, como si no tuvieran del todo clara la manera correcta de distribuir la autoridad entre ellos. Dixon gana en altura al otro por un par de pulgadas y, más que erguirse como un poste, se inclina. Viste levita roja de corte militar, con brocados y botones de plata, y un tricornio rojo a juego en el que lleva prendida una vistosa escarapela de las que suelen usarse en el norte de Inglaterra. Será el primero en llamar la atención del común de las gentes, por lo que a menudo los desconocidos que en el futuro se cruzarán con ellos los recordarán como Dixon y Mason. Pero el uniforme no corresponde ni a su fe cuáquera ni a su condición actual, la de un haragán civil que ha crecido desproporcionadamente y a quien se le ve demasiado a menudo, ¡ay!, entre los devotos de la taberna.

A Dixon, por su parte, parece haberle decepcionado Mason, o eso teme el astrónomo, siempre inclinado al recelo.



–¿Qué sucede? ¿Qué está mirando? Mira usted mi peluca, ¿no es cierto? –pregunta Mason.

–No lleva usted peluca...

–¡Exacto! Ha reparado en ello. Me ha estado observando de una manera extraña y, no obstante, debo concluir, significativa.

–La verdad, ¿sabe usted?, es que esperaba a alguien un poco más... peculiar...

Mason le mira con los ojos entrecerrados.

–*¿No soy lo bastante peculiar para usted?*

–Bueno, reconozca que el puesto que ocupa usted es bastante peculiar. ¿Cuántos astrónomos reales hay? ¿Y cuántos ayudantes de astrónomos reales puede haber? En primer lugar, uno ha de ser un bicho raro para pasarse toda la noche mirando las estrellas, ¿no le parece? En cambio, hay cientos de agrimensores correteando por ahí, son numerosos como las chinches y el doble de baratos, y además hay suficiente trabajo para todos ellos, sobre todo ahora que se tienden cercados en todo el condado de Durham, y en el norte de Yorkshire, ya lo creo, y se construyen miles de vallas, setos, zanjas corrientes y los llamados fosos con escarpa. Si me hubiera quedado en casa, podría haberme ganado bien la vida...

–Sí, me comentaron que tenía usted conocimientos de agrimensura –dice Mason–, pero... pero, ¿de eso se trata? ¿Setos? ¿Fosos con escarpa?

–Bueno, en realidad el auge de los fosos con escarpa de Durham remitió un tanto después de que Lord Lambton se cayera en el suyo, lo maldijera y lo mandara rellenar con residuos de carbón. ¿Acaso creía usted que yo era otro manipulador de la lente? No, Dios mío. Por supuesto, me han enseñado todo eso, lo de la mecánica celestial, y conozco a todos esos muchachos importantes, Laplace, Kepler, Aristarco y el otro individuo... ¿cómo se llamaba? Pero eso es trigonometría, ¿no?

–Pero, usted... –¿Cómo iba a planteárselo con tacto?–. Supongo que usted habrá mirado alguna vez... ejem... por un...

Dixon le dirige una sonrisa estimulante.

–Sí, claro, el señor Emerson, mi viejo maestro, tiene un buen telescopio, creo que es así como se llama, aunque está encajado en duelas de barril, y me he pasado muchas noches admirando las fases de Venus, sí, y también las lunas de Júpiter, las montañas y cráteres de nuestra luna y... ¿vio usted aquel último eclipse? Bonito, ¿eh? También el señor Bird me ha dejado utilizar sus instrumentos, y de hecho, en estos últimos quince días, ha sido muy amable al ayudarme a ejercitar mis dotes de observación y cálculo, si bien de una manera tan implacable que durante varios días he dudado de si, al partir, seguíamos siendo amigos...

Mason, que había esperado encontrarse con un campesino tonto, cerril y lerdo, está amigablemente sorprendido ante el pulcro *Dixon que tiene delante*, quien, por su parte, temía (pese a que había oído hablar de la peculiaridad de Mason) vérselas con otro trepador londinense emperifollado, y contempla divertido el casi anodino atuendo de Mason: prendas de poco valor, todas de color ante y gris.

Mason asiente taciturno.

–Debo de parecerle un burro –se excusa.

–Si lo que me espera es tan sólo así de malo, puedo tolerarlo, siempre que los licores no se agoten.

–Ni el vino –añade Mason.

–El vino... –Ahora es Dixon el que mira a su compañero con los ojos entrecerrados, mientras Mason se pregunta qué ha hecho–. "O vid, o grano, pero los dos juntos no es sano", como me dijo en más de una ocasión mi tío abuelo George –comenta Dixon–. "Si tomas vino y aguardiente, ojo al día siguiente." ¿Me dice usted que, de las dos clases de bebedores que existen, los de la uva y los del grano, pertenece usted a la Hermandad de la Uva? ¿Y que rara vez, o nunca, toma cerveza o licores?

–Así es, y yo diría que por suerte: dado que el suministro será limitado, habrá más cantidad para cada uno. Es como la pareja del proverbio, ¿no le parece? Jack Sprat no comía el tocino de la pieza y su mujer no comía la carne magra.

–Ah, pero yo, si es necesario, tomaré vino, y ahora que hemos abordado el tema...

–... y ya que, al fin y al cabo, estamos en Portsmouth, no debe de hallarse muy lejos algún local donde cada uno pueda consumir el destilado vegetal de su preferencia.

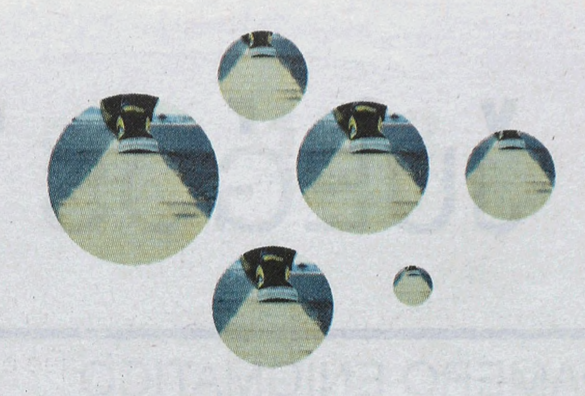
Dixon mira al exterior y observa la luz menguante del sol invernal.

–¿No será demasiado temprano?

–Zarpamos hacia las Indias, y sabe Dios de qué dispondremos a bordo o en aquellas tierras. Tal vez sea nuestra última oportunidad de tomar una bebida civilizada.

–En ese caso, cuanto antes empecemos, tanto mejor.

Se reproduce por gentileza de editorial Tusquets.



en préstamo de otra lengua.

Los dos se sientan y se miran, cada uno con una impresión muy errada del otro, como si no tuvieran del todo clara la manera correcta de distribuir la autoridad entre ellos. Dixon gana en altura al otro por un par de pulgadas y, más que erguirse como un poste, se inclina. Viste levita roja de corte militar, con brocados y botones de plata, y un tricornio rojo a juego en el que lleva prendida una vistosa escarapela de las que suelen usarse en el norte de Inglaterra. Será el primero en llamar la atención del común de las gentes, por lo que a menudo los desconocidos que en el futuro se cruzarán con ellos los recordarán como Dixon y Mason. Pero el uniforme no corresponde ni a su fe cuáquera ni a su condición actual, la de un haragán civil que ha crecido desproporcionadamente y a quien se le ve demasiado a menudo, ¡ay!, entre los devotos de la taberna.

A Dixon, por su parte, parece haberle decepcionado Mason, o eso teme el astrónomo, siempre inclinado al recelo.

–¿Qué sucede? ¿Qué está mirando? Mira usted mi peluca, ¿no es cierto? –pregunta Mason.

–No lleva usted peluca...

–¡Exacto! Ha reparado en ello. Me ha estado observando de una manera extraña y, no obstante, debo concluir, significativa.

–La verdad, ¿sabe usted?, es que esperaba a alguien un poco más... peculiar...

Mason le mira con los ojos entrecerrados.

–¿No soy lo bastante peculiar para usted?

–Bueno, reconozca que el puesto que ocupa usted es bastante peculiar. ¿Cuántos astrónomos reales hay? ¿Y cuántos ayudantes de astrónomos reales puede haber? En primer lugar, uno ha de ser un bicho raro para pasarse toda la noche mirando las estrellas, ¿no le parece? En cambio, hay cientos de agrimensores correteando por ahí, son numerosos como las chinches y el doble de baratos, y además hay suficiente trabajo para todos ellos, sobre todo ahora que se tienden cercados en todo el condado de Durham, y en el norte de Yorkshire, ya lo creo, y se construyen miles de vallas, setos, zanjas corrientes y los llamados fosos con escarpa. Si me hubiera quedado en casa, podría haberme ganado bien la vida...

–Sí, me comentaron que tenía usted conocimientos de agrimensura –dice Mason–, pero... pero, ¿de eso se trata? ¿Setos? ¿Fosos con escarpa?

–Bueno, en realidad el auge de los fosos con escarpa de Durham remitió un tanto después de que Lord Lambton se cayera en el suyo, lo maldijera y lo mandara rellenar con residuos de carbón. ¿Acaso creía usted que yo era otro manipulador de la lente? No, Dios mío. Por supuesto, me han enseñado todo eso, lo de la mecánica celestial, y conozco a todos esos muchachos importantes, Laplace, Kepler, Aristarco y el otro individuo... ¿cómo se llamaba? Pero eso es trigonometría, ¿no?

–Pero, usted... –¿Cómo iba a planteárselo con tacto?–. Supongo que usted habrá mirado alguna vez... ejem... por un...

Dixon le dirige una sonrisa estimulante.

–Sí, claro, el señor Emerson, mi viejo maestro, tiene un buen telescopio, creo que es así como se llama, aunque está encajado en duelas de barril, y me he pasado muchas noches admirando las fases de Venus, sí, y también las lunas de Júpiter, las montañas y cráteres de nuestra luna y... ¿vio usted aquel último eclipse? Bonito, ¿eh? También el señor Bird me ha dejado utilizar sus instrumentos, y de hecho, en estos últimos quince días, ha sido muy amable al ayudarme a ejercitar mis dotes de observación y cálculo, si bien de una manera tan implacable que durante varios días he dudado de si, al partir, seguíamos siendo amigos...

Mason, que había esperado encontrarse con un campesino tonto, cerril y lerdo, está amigablemente sorprendido ante el pulcro Dixon que tiene delante, quien, por su parte, temía (pese a que había oído hablar de la peculiaridad de Mason) vérselas con otro trepador londinense emperifollado, y contempla divertido el casi anodino atuendo de Mason: prendas de poco valor, todas de color ante y gris.

Mason asiente taciturno.

–Debo de parecerle un burro –se excusa.

–Si lo que me espera es tan sólo así de malo, puedo tolerarlo, siempre que los licores no se agoten.

–Ni el vino –añade Mason.

–El vino... –Ahora es Dixon el que mira a su compañero con los ojos entrecerrados, mientras Mason se pregunta qué ha hecho–. "O vid, o grano, pero los dos juntos no es sano", como me dijo en más de una ocasión mi tío abuelo George –comenta Dixon–. "Si tomas vino y aguardiente, ojo al día siguiente." ¿Me dice usted que, de las dos clases de bebedores que existen, los de la uva y los del grano, pertenece usted a la Hermandad de la Uva? ¿Y que rara vez, o nunca, toma cerveza o licores?

–Así es, y yo diría que por suerte: dado que el suministro será limitado, habrá más cantidad para cada uno. Es como la pareja del proverbio, ¿no le parece? Jack Sprat no comía el tocino de la pieza y su mujer no comía la carne magra.

–Ah, pero yo, si es necesario, tomaré vino, y ahora que hemos abordado el tema...

–... y ya que, al fin y al cabo, estamos en Portsmouth, no debe de hallarse muy lejos algún local donde cada uno pueda consumir el destilado vegetal de su preferencia.

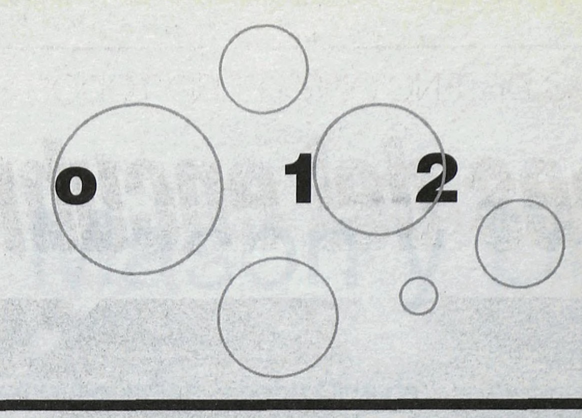
Dixon mira al exterior y observa la luz menguante del sol invernal.

–¿No será demasiado temprano?

–Zarpamos hacia las Indias, y sabe Dios de qué dispondremos a bordo o en aquellas tierras. Tal vez sea nuestra última oportunidad de tomar una bebida civilizada.

–En ese caso, cuanto antes empecemos, tanto mejor.

Se reproduce por gentileza de editorial Tusquets.



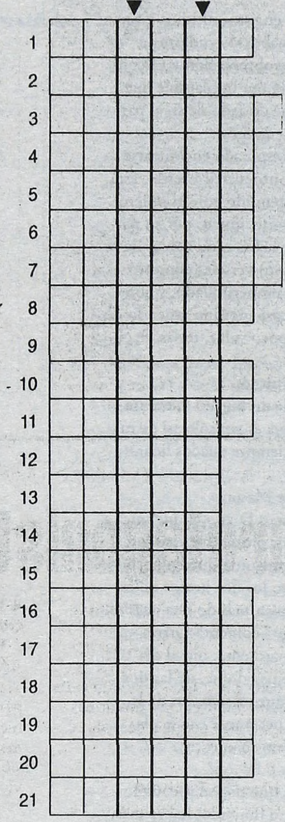
verano 12
JUEGOS

DAMERO ENIGMATICO

En las definiciones de este damero encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

1. Aníbal, Leticia y Juan fueron a ver bailar.
2. **Lucas** espera a Santa ...
3. Al **fin**, **lujo** y placer tienen influencia.
4. **No verá** almas en el infierno.
5. **Pa luce** cabellera postiza.
6. Si **cierra**, engordaré animales domésticos.
7. Máximo Chilavert lleva sus cosas en ella.
8. Carisma sin una letra para la cabeza.
9. **Remad** para ver a la progenitora.
10. Con vocal y manía mezcladas se calma el temporal.
11. Casi perdido, hago una solicitud.
12. **Idean** cosas para ninguna persona.
13. Pide algo perfecto.
14. Se oye un canto religioso en las **lomas**.
15. **Raspó** las narices de los barcos.
16. El ..., casa quiere.
17. Hago trueque con **mi cabo**.
18. **Ataron** algo a la tubería.
19. **Es loco** y receloso.
20. Compró cerveza el hombre ilustre.
21. Deje sus cosas y rece a Cristo.



SILABAS

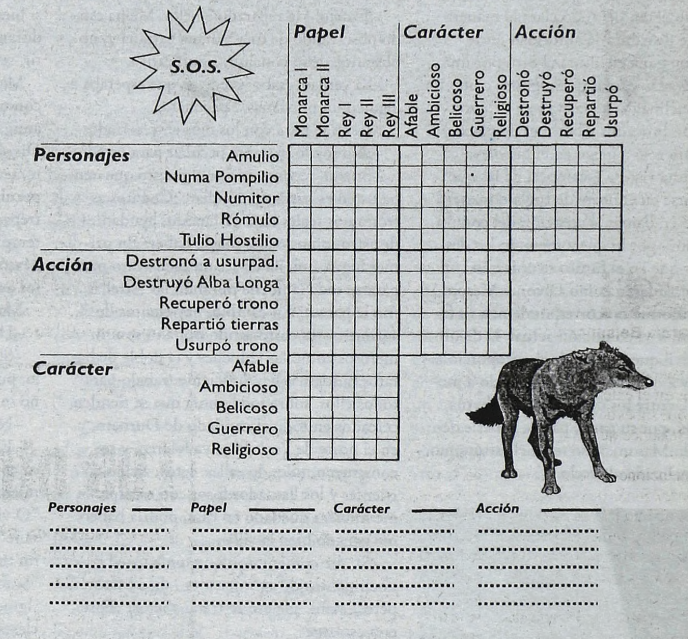
a, a, a, al, as, ba, bio, ca, cam, ce, cer, chi, Claus, cria, cris, de, di, die, do, do, dre, flu, i, in Je, jo, la, llet, lo, lu, ma, ma, mai, mo, mo, na, na, no, nor, pe, pe, pro, pró, ré, sa, sal, so, sús, ta, ver.



ROMULO Y REMO

La leyenda dice que los gemelos Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba. La historia se confunde con la leyenda y en esta síntesis vemos a los principales personajes, los papeles, caracteres y acciones desarrolladas por cada uno.

1. Al ser incendiada Troya, Eneas partió hacia Italia y fundó Alba Longa. Tiempo después, los hermanos Amulio y Numitor fueron sus gobernantes (aquí los diferenciamos como monarca I y II).
2. De estos dos, el ambicioso usurpó el trono del monarca I. Obligó a Rea Silvia, hija de éste, a convertirse en vestal.
3. El dios Marte tomó a la joven y le dio por hijos a Rómulo y Remo, que al crecer destronaron y mataron al usurpador.
4. De este modo, el monarca I recuperó el trono.
5. El belicoso Rómulo discutió con Remo y lo mató, tras lo cual fundó Roma y se convirtió en su rey I.
6. Al morir éste fue sucedido por el rey II, de profundas creencias religiosas.
7. A éste lo reemplazó Tulio Hostilio, que atacó y destruyó la ciudad que fuera gobernada por Numitor, el afable abuelo de Rómulo y Remo.



ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

AZUCAR
BUDIN
MIEL
PASTEL
TORTA
RICO

SOLUCIONES

ROMULO Y REMO

Amulio, monarca II, ambicioso, usurpó trono.
Numa Pompilio, rey II, religioso, repartió tierras.
Numitor, monarca I, afable, recuperó trono.
Rómulo, rey I, belicoso, destronó a usurpador.
Tulio Hostilio, rey III, guerrero, destruyó Alba Longa.

DAMERO ENIGMATICO

1. Ballet. **2.** Claus. **3.** Influjo. **4.** Averno. **5.** Peluca. **6.** Criaré. **7.** Mochila. **8.** Crisma. **9.** Madre. **10.** Amaina. **11.** Pedido. **12.** Nadie. **13.** Ideal. **14.** Salmo. **15.** Proas. **16.** Casado. **17.** Cambio. **18.** Atanor. **19.** Celoso. **20.** Prócer. **21.** Jesús.

"La felicidad de los malos es un crimen de los dioses." André Chénier.

ACOMODO

